

# SOBRE PÁRAMOS Y SANGURIMAS: UN DIÁLOGO ENTRE LAS NARRATIVAS DE JUAN RULFO Y JOSÉ DE LA CUADRA

*About Páramos and Sangurimas: a dialogue between the  
narratives of Juan Rulfo and José De la Cuadra*

Facundo Gómez

Universidad de Buenos Aires  
[ fagomez\_27@yahoo.com.ar ]

**Resumen:** *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo, y *Los Sangurimas* (1934), de José De la Cuadra, reformulan con originalidad tópicos y recursos formales del regionalismo latinoamericano. La presencia de una serie de complejas operaciones en torno a la oralidad, el fragmento y la creación de un espacio mítico con personajes e historia propia en *Los Sangurimas* permite relacionar la búsqueda de De la Cuadra con los procedimientos narrativos y la inquietud estética y cultural de Rulfo. Frente al desafío común de representar una comunidad tradicional en proceso de modernización, cada obra ensaya una resolución particular que permite leer diferentes inflexiones en los modos de representación regionalista. Esta vinculación permite una doble operación crítica: por un lado, actualizar la lectura de *Pedro Páramo*, enmarcándola en un largo proceso de búsquedas estéticas que lo precedieron y, por otro, revisar la ubicación de *Los Sangurimas* en la historia de la literatura latinoamericana.

**Palabras clave:** escritura; comunidad; modernización; Juan Rulfo; José De la Cuadra

**Abstract:** *Pedro Páramo* (1955), by Juan Rulfo, and *Los Sangurimas* (1934), by José De la Cuadra, unusually rephrase topics and formal elements of the Latin-American regionalism. The presence of the complexity about some items that are related with orality, the passage and the creation of a mythic atmosphere with characters and with an own history in *Los Sangurimas* allows to relate De la Cuadra's pursue with the narrative procedures and the aesthetic interest in Rulfo's novel. In view of the their common challenge of representing a traditional community in the course of modernization, each work tries out a particular resolution which allows to read different inflections to the regionalist representation modes. This connection makes a double critic procedure possible: the updating of *Pedro Páramo* reading by framing it in a large process of preceding aesthetic searches and the revision of *Los Sangurimas* in Latin-American literature history.

**Keywords:** writing; community; modernization; Juan Rulfo; José De la Cuadra.

Las diferencias que entrañan las narrativas de Juan Rulfo y José de la Cuadra parecen indicar que cualquier tipo de diálogo entre ellas es forzado, si no imposible. La distancia entre el contexto histórico, las comunidades sobre las que operan, la aptitud frente a los procesos sociales que relatan y la lectura y apropiación de procedimientos renovadores de la literatura occidental son elementos que un trabajo de comparación como el presente no puede soslayar. De hecho, partimos de estas corroboraciones para eludir tanto la idea reductora de la anticipación como la hueca confrontación de retóricas.

El presente artículo propone leer a *Pedro Páramo*, de Rulfo y *Los Sangurimas*, de De la Cuadra partiendo de la superación crítica que ambos relatos hicieron del regionalismo latinoamericano. Frente a una narrativa anclada en la dicotomía civilización o barbarie, el análisis sociológico, la exterioridad del narrador, la tesis política y la descripción de lugares exóticos con sus personajes típicos, las obras de Rulfo y De la Cuadra apelaron de distinta forma a innovaciones técnicas de la literatura occidental para crear espacios ficcionales con voces, procedimientos narrativos y conflictos socio-culturales propios de las comunidades representadas en sus obras. Comala y La Hondura, con sus personajes y problemáticas, son los pueblos imaginarios que expresan esta operatoria, compleja y fundante.

En acuerdo con el crítico Ángel Rama (*Transcult*) en su conceptualización y revisión crítica de los procesos de transculturación narrativa, sostenemos que las prosas de Rulfo y de De la Cuadra participan de este procedimiento en tanto son modernizadas y modernizadoras: ambas introducen en sus relatos el dinamismo radical y autorreflexivo de una perspectiva crítica que se desplaza entre el mito y la historia, el adentro y el afuera, la oralidad y la escritura. El narrador culto pierde el monopolio del discurso y los grupos sociales se narran desde una interioridad contradictoria y desgarradora en la que se redescubren valores y cualidades propias enajenadas por la osificación de la tradición. Así, la estética regionalista, con sus gruesos trazos de color local y sus personajes típicos, se reformula. Rulfo y De la Cuadra abren nuevos caminos para las búsquedas de la literatura latinoamericana, siempre tensada entre el imperativo ético de la representación realista y la necesidad estética de una modernización permanente.

## Sobre exorcismos y obturaciones críticas

*Pedro Páramo* ocupa un lugar central en la historia de la literatura latinoamericana. Publicada en 1955, la novela de Juan Rulfo ha sido considerada como un notable trabajo creativo que encuentra en el mito el procedimiento privilegiado para contar la decadencia de un pueblo mexicano en las desérticas tierras de Jalisco. La fascinación que el texto de Rulfo ejerció sobre la crítica, articulado con el fenómeno del *Boom* latinoamericano de la década de 1960, llevó a privilegiar en gran medida una lectura inmanente que rastreaba en *Pedro Páramo* el

exorcismo definitivo de la problemática regionalista hegemónica en la literatura del continente. El trabajo pionero sobre la novela, el ensayo de Carlos Blanco Aguinaga publicado en 1955, posibilitó esta operación: el crítico, si bien consideraba al mundo de *Pedro Páramo* una fiel representación de la nacionalidad mexicana, señaló con énfasis el carácter ahistórico de Comala –pueblo estancado en el tiempo que no participa de los fenómenos sociales que sacuden a su país (Aguinaga)– marcando de esta manera los itinerarios críticos posteriores. El ejemplo paradigmático de la lectura mítica es el de Carlos Fuentes, quien considera la obra de Rulfo como eslabón entre una literatura caduca y la nueva literatura surgida en la década de 1960. *Pedro Páramo* rompería entonces con el ingenuo latinoamericano al construirse como un completo catálogo de mitos occidentales, verdadero trampolín al *hall* de los clásicos universales (Fuentes 16). Rulfo parece mantener su lugar en el canon mediante el exorcismo de la referencialidad y la representación verificado a través del uso del mito. Si bien ya desde los años 1970 han surgido numerosos artículos que polemizaron con la lectura de Fuentes, privilegiando el conflicto entre culturas letradas e iletradas, por ejemplo<sup>1</sup>, considero que aún es necesario discutir esta posición porque implica tanto la inscripción del texto en una tradición –la de la nueva novela latinoamericana, en la cual aparece legitimada por su carácter de “precursora”–, como su desvinculación total y aséptica de la larga y sinuosa búsqueda del regionalismo por superar sus esquemas iniciales.

Frente a la centralidad de *Pedro Páramo*, la marginalidad de *Los Sangurimas* en los estudios latinoamericanos contrasta sobremanera. El ecuatoriano José De la Cuadra, el narrador más prominente del llamado Grupo de Guayaquil, es todavía desconocido por la mayoría de la crítica. Su obra narrativa, compuesta principalmente por relatos cortos, queda por lo general relacionada con un realismo social que el estructuralismo y el posestructuralismo ha desdeñado por considerarlo más como panfleto que como literatura. Como ejemplo de esta lectura, se puede citar, entre otras, la caracterización de Anderson Imbert acerca de la obra del Grupo de Guayaquil: “Lenguaje crudo, exageración de lo sombrío y lo sórdido, valentía en la exhibición de vergüenzas nacionales, sinceridad en el propósito combativo, dan a esta literatura más valor moral que artístico” (244). Y si bien esta perspectiva podría aplicarse en algunas obras ecuatorianas del período, no es éste el caso del relato de De la Cuadra.

---

1 Véase Walter Mignolo, que relaciona la novela de Rulfo con las de José María Arguedas y Augusto Roa Bastos por su reflexión en torno a “las tensiones entre tradiciones culturales diversas que, por un lado, subyacen y circulan en la oralidad marginada de la cultura oficial y, por otro, pugnan por hacerse oír en escritores como los ya citados” (545). Para establecer una crítica fundamentada a la perspectiva mítica, resultan de gran importancia los artículos de Augusto Roa Bastos y Ángel Rama (*Primeros* 203). Como representantes de otras perspectivas críticas aplicadas a la novela, podemos mencionar los trabajos de los siguientes autores: Hugo Rodríguez Alcalá (1965), quien realiza un estudio en gran medida estilístico de la obra de Rulfo; Jorge Rufinelli (1976), cuyo ensayo es ejemplo de una lectura del texto anclada en la historia y la literatura mexicana; Martín Lienhard (1996), quien relaciona la novela con mitos y leyendas aztecas.

Publicado en 1934, *Los Sangurimas* es una muestra de cómo cierta zona del regionalismo latinoamericano entiende la limitación de sus postulados y objetivos y desarrolla una búsqueda formal que abre el universo de la representación a nuevos procedimientos, más sutiles y problematizadores. Consideramos que este lugar marginal de De la Cuadra dentro del canon latinoamericano es difícil de modificar en tanto se siga insistiendo en su carácter de “precursor” del realismo mágico, operación crítica que tiende a justificar el valor de *Los Sangurimas* por la cercanía de su contenido temático al de *Cien años de soledad*. Trabajos como el de Galo González ejemplifican esta operatoria, en la que se privilegia “una posible relación de antecendencia entre *Los Sangurimas* y *Cien años de soledad*” (739)<sup>2</sup>. La constatación de elementos similares entre estos dos textos con más de tres décadas de diferencia, hizo que ciertos abordajes críticos se limitasen a la comparación de retóricas. Como resultado, el análisis de las nuevas perspectivas para la representación de las realidades latinoamericanas que abre José De la Cuadra queda obturado.

Creemos que las etiquetas de “precursores” reemplazan la posibilidad de estudios críticos que puedan operar sobre los textos sin forzarlos ni someterlos tanto al exorcismo referencial como al afán reductor de anexionarlos a corrientes literarias reconocidas. La pertenencia de cada uno de los textos a distintos momentos de búsqueda dentro del proceso de modernización literaria en América Latina no obstaculiza la productividad de su análisis comparado. Si De la Cuadra suele ser asociado a un regionalismo más clásico y si Rulfo se ubica en una posición de clara ruptura con respecto a esta estética, el cotejo de sus textos resalta los matices de tales afirmaciones críticas: el regionalismo también experimenta rupturas en De la Cuadra y demuestra su continuidad en Rulfo. En ninguno de los dos casos estas afirmaciones buscan homologar las obras en un mismo esquema, sino situarlas en un amplio desplazamiento estético, en el que convive la problematización de aquellas comunidades tradicionales a las que la ficción interpela con la revisión crítica de elementos y recursos de la representación realista.

En el presente trabajo se buscará entonces establecer un diálogo entre los procedimientos empleados en *Pedro Páramo* y *Los Sangurimas* para la construcción de espacios literarios abiertos, dinámicos e históricos desde los cuales las novelas reflexionan sobre el devenir de la modernidad en las comunidades latinoamericanas tradicionales. Para tal fin, dividimos el análisis en tres apartados. En el primero, nos centraremos en la noción de fragmento, a la que entendemos como una partición de los textos en segmentos breves con relativa autonomía narrativa. Su uso permite que los desplazamientos de las voces narradoras, las instancias enunciativas y los tiempos ficcionales otorguen sentido a dos textos que renuncian al relato cronológico, didáctico y ensayístico propio de la tradición

---

2 Cfr. Donoso Pareja, quien discute esta idea afiliando la poética de De la Cuadra al tremendismo español.

regionalista y prefieren la proliferación de significados a través de la articulación de los distintos apartados. Como veremos, este procedimiento se haya presente a lo largo de toda la novela *Pedro Páramo* porque aporta una resolución estética a la problemática de la escritura literaria para representar comunidades tradicionales, distanciadas del mundo letrado. En *Los Sangurimas*, el recurso aparece de forma decreciente porque la forma narrativa acompaña el devenir histórico del clan representado. En consecuencia, compararemos los distintos usos que hace cada texto del fragmento para reflexionar en torno a las tensiones dadas entre oralidad y escritura, por un lado, y comunidades en proceso de modernización y recursos estéticos modernos, por el otro. Por último, los siguientes dos apartados estarán centrados en contrastar las resoluciones narrativas que cada texto produjo en torno a las figuras patriarcales y las aldeas ficticiales.

### **Susurros mortales, leyendas perennes: de la voz a la escritura**

En *Pedro Páramo*, la muerte de Juan Preciado y la revelación de que el narrador inicial cuenta su historia desde la tumba introducen al texto en un espacio entre la vida y la muerte donde ambos elementos se permean y confunden. Desde allí se narra la historia de Comala como un pueblo desintegrado. Los personajes que nacieron y vivieron en el pueblo, aquellos que Augusto Roa Bastos ha sabido llamar “transterrados”, continúan tras su muerte cautivos del fatal atavismo de Comala. Su testimonio no puede sino expresarse a través de discursos fragmentados y recurrentes en tanto la temporalidad lógica ha quedado abolida por imperio de la no vida. Sin embargo, para que los susurros sean narrados es necesaria una voz de afuera, una voz viva: la de Juan Preciado, criado fuera del imperio de su padre. Como narrador, va construyendo un Comala desértico y lúgubre, disonante con el que su madre le había descrito: “Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre; de su nostalgia, entre retazos de suspiros” (Rulfo 8). Pero con su llegada se instala otra voz narradora, una omnisciente, escurridiza, sutil y lacónica, aunque no por eso menos presente. En tercera persona, cuenta la vida de Pedro Páramo, expresa su interioridad poética y describe un Comala fértil y floreciente. Tal como lo sostiene Rama (*Transcult* 115), sobre esas dos voces se organiza la sinfonía de lamentos, recuerdos, diálogos y relatos que forman la novela.

La voz omnisciente queda camuflada por el uso de giros, refranes y nominalizaciones idénticas a los que utilizan las voces de los transterrados. En su primera aparición, podemos leer: “El agua que goteaba de las tejas hacía un agujero en la arena del patio. Sonaba plas plas y luego otra vez plas” (Rulfo 13), procedimiento que es retomado a lo largo de toda la novela, por lo que la totalidad del texto parece contada por voces orales propias de una cultura iletrada. Sin embargo, el artificio indica una problemática central en la narrativa latinoamericana y un dilema para los regionalistas: cómo incluir en la literatura las voces de quienes no la producen ni la consumen. Rulfo opta por romper con

la tradición regionalista de separar de forma tajante el narrador de los personajes e introduce elementos y operaciones estéticas innovadoras. Entre otras nociones, el mito y la alegoría se consideran elementos pertinentes en la representación de la comunidad rural de referencia. Pero el texto de Rulfo va más allá de estas operaciones. Si el encuentro con la comunidad disgregada conlleva la necesidad de la entrada en el mundo de los muertos, una escritura que recree la oralidad del pueblo muerto parece ser la única posibilidad de restituir una historia que las voces pueden recordar pero no dotar de sentido. La presencia de un registro distinto al oral, presente en el narrador omnisciente, problematiza el encuentro y construye el relato desde la diferencia. El adentro muerto se puede narrar sólo desde un afuera vivo, con la condición de que éste asuma la condición de lo muerto. La escritura es la resolución del problema: en su recreación de lo oral restituye el sentido y lo desestabiliza a la vez. La comunidad se escribe de a fragmentos orales, permeados en su materialidad como el mismo pueblo de los transterrados. La oscilación de Comala entre lo vivo y lo muerto no puede sino ser representada con una escritura que fluctúa entre diferir el sentido y hacerlo desaparecer. El uso del fragmento evoca la dispersión de esas voces, su armado y desarmado, la oscilación de sentidos que se completan, contradicen, critican, complementan o niegan. Remeda lo oral en su imposible aprehensión y lo representa en su aparente desplazamiento aleatorio. Pero el fragmento en la novela es escritura plena, ya que su segmentación en partes autónomas articuladas por la trama, sólo es posible gracias al artificio de la letra que fija, parte y organiza los enunciados en el conjunto orgánico de la obra.

En *Los Sangurimas*, el fragmento cumple una función fundamental: contar los orígenes del clan terrateniente que protagoniza la novela. Cada una de sus tres partes describe las personalidades más sobresalientes de cada generación y narra los sucesos más significativos de la genealogía. La historia de Nicasio Sangurima, el fundador de la estirpe, está formada por un mosaico de relatos, diálogos, chismes y leyendas de los pobladores de La Hondura, la hacienda de la legendaria familia. El lenguaje de los campesinos se articula con la inclusión de expresiones, léxico y sintaxis propia de la cultura montuvia<sup>3</sup>: “Gente de bragueta, amigo. No aflojaban el machete ni pa dormir. Y por cualquier cosita, ¡vaina afuera!” (De la Cuadra *L Sang* 20). Las intervenciones de los hablantes están organizadas por un narrador omnisciente, construido como un cronista externo a la comunidad montuvia que relata. La distancia entre él y sus personajes se puede rastrear desde su lenguaje, rico en giros cultos y metáforas, como “Los ojos rasgados de don Nicasio mostrábanse realmente hermosos. La pupila era verdosa, cristalina, con el tono tierno de los primeros brotes de la caña de azúcar” (De la Cuadra 19). La inclusión de datos geográficos, el señalamiento de fuentes de

---

3 El montuvio es el habitante mestizo de la zona litoral ecuatoriana, pródiga en ríos, arroyos y afluentes. Su principal actividad económica es la agricultura y su organización social se cifra en la conformación de estrechas comunidades. Para una mejor descripción del montuvio, véase De la Cuadra (*El montuvio*).

relatos, la escenificación de los diálogos por parte del narrador señala su carácter de articulador de los fragmentos, cuya exterioridad crítica es resaltada cuando desconfía de los enunciados, se expresa en tono irónico acerca de las habladurías montuvias o explica el origen de alguna historia: “Seguramente, esta leyenda no es peculiar del río de los Mameyes. En otros ríos de la costa, se cuentan leyendas parecidas. Seguramente, todas estas narraciones no son sino variantes de una sola” (De la Cuadra 36). Este distanciamiento presenta múltiples matices. Por ejemplo, en la primera parte, es la voz de Nicasio, más que la intervención del narrador, la que parece guiar la trama. Los títulos de los capítulos y sub capítulos, así como las rectificaciones o explicaciones sobre un hecho, se adecuan en gran medida a lo sostenido por el patriarca, quien termina imponiendo el sentido a los fragmentos. Por otro lado, ciertos usos del habla montuvia que aparecen en la voz del narrador señalan que la distancia existe pero no es abismal: Nicasio pasa en pocas páginas de ser “Don” a ser “Ño”, por ejemplo. Pero la operación más sugerente en este juego de acercamiento y distanciamiento, entre registro y creación, corre por la inclusión de escenas y diálogos escritos en condicional, como si el narrador hubiera participado del universo montuvio de manera tal de poder suponer relatos y reacciones, o como si gran parte de lo contado escapara de manera explícita del pacto de representación propuesto: “Algún curioso interrogaría sobre el precio de la venta [...] Cualquier montuvio viejo intervendría, entonces” (De la Cuadra 28).

Este vaivén se condensa, sobre todo, en la primera parte del relato, en la cual la oralidad y los fragmentos superan con creces las intervenciones del narrador. Hacia la segunda y tercera parte de la novela, la voz omnisciente se extiende hasta monopolizar el sentido. La historia de los nietos de Nicasio y la caída de La Honduras se alejan del mito de los orígenes a través de una narración tradicional que, en busca de una verosimilitud literaria más adecuada a los cánones realistas, termina en un apurado desenlace de rasgos costumbristas, con personajes tipos y situaciones tremendistas. La inclusión de crónicas periodísticas publicadas en diarios de izquierda de Guayaquil, que exageran y mistifican los crímenes de los Sangurimas (De la Cuadra 87), no alcanzan para dinamizar el relato que hacia ese momento ya se ha irrealizado.

Este deslizamiento hacia la univocidad y la peripecia violenta es central en la novela, ya que no sólo historiza la caída de un clan feudal, sino también los desplazamientos en sus narrativas. *Los Sangurimas* es la reconstrucción de un trayecto que se extiende entre dos modos del relato y dos coyunturas históricas: empieza con el legendario origen del patriarca y la oralidad fragmentada que rodea al mito, entendido éste como expresión originaria de la cultura montuvia, factor central de la sociabilidad campesina, elemento constituyente y legitimante de la casta terrateniente; finaliza con la incursión punitiva de la policía guayaquileña y la representación moderna del campo montuvio, en la que los valores, la idiosincrasia, la historia y la cosmovisión rural es considerada reaccionaria y motivo de una opresión centenaria que debe ser eliminada. Tal como plantea

Jacques Joset, la relación entre oralidad y escritura escénfica, en *Los Sangurimas*, el devenir histórico de las comunidades y la cultura montuvia y sus respectivos modos de narrarse: “La textualidad plasma [...] un trayecto (;una degradación?) que va del mito a la historia” (Joset 114). A diferencia de la novela de Rulfo, en la que la escritura es posibilidad de relatar lo inefable y de reconstruir los sentidos silenciados en las voces de los transterrados, en el texto de De la Cuadra la escritura es, siguiendo la metáfora inicial del prólogo, “la tempestad que sacude al matapalo” (De la Cuadra 15): conclusión de la estirpe por la irrupción violenta de la modernidad y a la vez, condición necesaria para que el mito sea recuperado, ahora de forma crítica. En ambos textos, el uso del fragmento y la oralidad intentan reconstruir un lenguaje y una cosmovisión atribuida a las comunidades representadas, pero sin ingenuidad ni complacencia alguna, ya que en cada procedimiento se reconoce el carácter de extrañeza de la escritura y la representación literaria frente a un mundo que no se la ha apropiado.

## **Pedro y Nicasio: Modernización y caciquismo**

Luego de haber establecido ciertos vínculos entre los procedimientos de Rulfo y De la Cuadra para construir la organización central de sus relatos, con su sistema de narradores y fragmentos, emprenderemos el análisis de las figuras patriarcales de cada novela.

En ambos textos, las figuras centrales son caudillos terratenientes que asientan su imperio sobre las riquezas económicas y el poder político. Ambos heredan una hacienda y presentan rasgos que los alejan del común de los pobladores. El afán de Pedro Páramo por ejercer el poder y la expresividad de su subjetividad cuando se refiere a Susana lo alejan de la actitud pasiva y la interioridad lacónica del resto de los transterrados. Por otro lado, Nicasio Sangurima es hijo de un europeo de quien hereda unos ojos verdes que serán el rasgo de distinción sobre el que insistirá la novela para separarlo del resto de los montuvios. Ambos son arquetipos de la figura masculina de sus comunidades: Pedro a través de la demostración de su poder absoluto y Nicasio de su prestigio legendario. Aquí la construcción de los dos personajes empieza a diferir, ya que, en gran medida, si el poder de Nicasio Sangurima está vinculado a lo social y a lo biológico; el de Pedro Páramo se construye a través de lo económico. Nicasio se ufana de una fecundidad que le permite organizar el pueblo de La Honduras según la cercanía de parentesco y el reconocimiento de su paternidad. Alrededor de la casa central donde vive Nicasio se construyen las demás: “En cada una de aquellas vivía la familia de uno de los hijos legítimos de ño Nicasio, quienes habían sido dieciséis en total. Los demás hijos [...] habían construido sus moradas por los sitios distantes” (De la Cuadra 38). En cambio, Pedro Páramo, a pesar de su agitada actividad sexual, sólo reconoce a su hijo Miguel (Rulfo 58) y jamás alardea de su progenie.

Las diferentes formas de relación con la comunidad y la construcción del poder se pueden rastrear también en cómo aparecen en las dos novelas los personajes típicos del regionalismo. Si bien en ambas éstos se hallan bajo el dominio de los respectivos caciques, cada texto urde un particular sistema de relaciones. En *Pedro Páramo*, el padre Rentería, el administrador Sedano, el abogado Gerardo y el líder de alzados Damasio *El Tilcuate*, son dominados desde lo económico por Pedro Páramo. Salvo el sacerdote, todos los demás son empleados directos suyos. Nicasio Sangurima, en cambio, prefiere procrear él mismo sus cuadros dirigenciales. Sus hijos principales desempeñan las funciones imprescindibles para el mantenimiento del poder: Ventura es quien se dedica a los trabajos agrícolas de La Hondura, Terencio es cura, Francisco es abogado y Eufrasio es coronel de montoneras y luego ladrón de ganado. Los tipos de personajes se repiten, pero mientras Nicasio los procrea, Pedro los contrata, constituyéndose en un caudillo de tipo distinto al tradicional. Se verifican en él claras marcas de una modernidad que avanza hacia la comunidad aparentemente cerrada. En primera instancia, por su empuje emprendedor: tras él no hay una edad de oro, sino un pasado de decadencia. Pedro hereda la Media Luna con tantas deudas que Sedano sugiere venderla. Su decisión de vengarse del pueblo por la muerte de su padre y el alejamiento de Susana lo impulsa a apoderarse de él y lo hace recuperando el poder económico. En su capacidad por reconstruir la hacienda paterna se cifran los cimientos de su poder. En segunda instancia, el conflicto de la modernidad entre el individuo y la comunidad se verifica en el rencor que Pedro siente hacia los pobladores de Comala, con quienes se relaciona sólo para ejercer su poder despótico y de quienes se distancia encerrándose en los recuerdos de Susana. De hecho, y tal como lo señala Ariel Dorfman, en el pueblo muerto de los susurros, la voz de Pedro Páramo es la única que no habla sobre su vida en Comala ni dialoga con los transterrados (158). La ruptura entre el cacique y su comunidad es contundente y la consecuencia, inexorable: tras la muerte de Pedro, el linaje de los Páramos se extingue.

Distinto es el caso de Nicasio Sangurima, quien está integrado de modo pleno a su comunidad a través de la mistificación de su origen y su carácter patriarcal, que lo configuran como una entidad anclada en la tradición. Son sus descendientes quienes se van entrelazando con la cultura y cosmovisión moderna. El cura Terencio, además de intervenir el discurso católico traduciendo sus parábolas a la idiosincrasia montuvia, consume discos y libros obscenos (*De la Cuadra* 55); el letrado Francisco es sindicado con sutileza como homosexual (*L Sang* 60); las Marías son educadas en Quito y sus modos ciudadanos resaltan en La Hondura (76). Siendo minoría en el universo de La Hondura, estos Sangurimas que están ligados a la modernidad urbana por su cultura, ideología y costumbres, se enfrentan con dolor y violencia con el mundo mítico de Nicasio, aún si todavía se reconocen como sus partes integrantes.

Los lazos de sangre funcionan como garantía del poder del patriarca y tanto la repartición igualitaria de sus tierras entre los descendientes (legítimos

o no) como la violenta defensa de sus nietos ante la embestida policial (De la Cuadra 93) indican de cuán integrados están él y su estirpe. Cuando ocurre la catástrofe final, la familia Sangurima y La Hondura prevalecen a la irrupción de la modernidad a costa de desprenderse de los máximos exponentes del poder despótico: el coronel, los Rugeles y el propio patriarca.

## **Crítica de la aldea mítica: Comala y La Hondura**

Tras el estudio de las figuras patriarcales de Pedro Páramo y Nicasio Sangurima, llegamos al análisis de los dos pueblos imaginarios donde se sitúan los relatos. Abordaremos su estudio para terminar de relacionar y contrastar las distintas resoluciones ficcionales con que cada autor operó en su texto.

Sobre ambas comunidades pesa un rótulo crítico central: la idea de “aldea mítica” que sobrevuela en torno a Comala, pero que también se aplica a La Hondura (González y Román). Esta lectura, presente en el corpus crítico mencionado, caracteriza a los pueblos donde suceden las ficciones como espacios herméticos estancados, a-históricos, con tiempos circulares, sin posibilidad de elaborar experiencia ni trascenderla. No obstante, existen claros elementos textuales que justifican la necesidad de discutir el carácter mítico de las aldeas ficcionales.

Empezamos por Comala por ser un ejemplo paradigmático de la lectura mítica. La operación sin duda está abonada por el carácter fantasmal con el que el pueblo se representa, pero el análisis de procedimientos narrativos ligados a lo fantástico no debería sepultar toda una dimensión de referencialidad que *Pedro Páramo* construye y que hace de Comala un espacio atravesado por la historia. En primer lugar, en la idealización de los tiempos dorados de la aldea, la linealidad histórica se cuela en la evocación a través de la presencia de unas “cafiaspirinas” que la madre de Pedro le pide a su hijo que compre (Rulfo 12). Luego, se puede comprobar cómo la caída de Comala más que un trayecto alegórico es un fenómeno social específico que, en la novela, se construye con la existencia de otros pueblos también deshabitados, tal como se lee en la siguiente cita: “el cerro de Vilmayo, donde estaban unos ranchos de los que ya no queda ni el rastro” (66). El paso de la revolución por el pueblo se explicita, al mismo tiempo, que las jugadas políticas de los caciques para utilizar en su favor los alzamientos. Por otro lado, el levantamiento cristero es señalado como elemento que termina de definir la desintegración de Comala (67). Estos enunciados niegan cualquier carácter hermético del pueblo, lo cual es refrendado por la nostalgia por un correo que traía y llevaba noticias (17) y la existencia de numerosas vías de acceso a él: “Hay multitud de caminos. Hay unos que va para Contla; otro que viene de allá [...] Ese que se mira desde aquí, no sé para dónde irá” (43).

En el caso de La Hondura, sus características también discuten la idea de una comunidad cerrada sin fisuras. Como sostiene Fernando Balseca, la primera apertura es la que representa el río de los Mameyes, que además de bordear la

hacienda, la une a las regiones de la Costa y la Sierra, integrando las dos grandes zonas culturales del país con el *hintherland* montuvio (Balseca 107). Otra es la cifrada en el estrecho contacto que los Sangurimas mantienen con Guayaquil, la ciudad más moderna de Ecuador. Allí muere internada la primera mujer de Nicasio (De la Cuadra 31); de allí llegan en lancha las Marías a La Hondura (76) y allí instala su oficina Francisco gracias al renombre que el apellido Sangurima tiene en la zona. Y en definitiva, es la comunicación con la ciudad porteña lo que precipita los acontecimientos finales: la noticia del asesinato de María Victoria genera en Guayaquil un repudio mediático generalizado que insta a las autoridades a intervenir en La Hondura. Pero, además de esta conexión entre lo rural y lo urbano, en *Los Sangurimas* existen también claras referencias históricas, como la dictadura de García Moreno y la guerra con Colombia (21), los alzamientos liberales de los que participa Eufrasio (64) y la irrupción de los partidos de izquierda en Guayaquil (87).

Otro elemento importante que confirma la apertura de las comunidades a los procesos de modernización es el lugar de la economía en ambas novelas, representada como principal elemento constituyente de la estructura social. Hacia adentro de las comunidades, el dinero como fenómeno disruptivo en la armonía mítica trastoca, subvierte, ordena, legitima e impone jerarquías, lealtades y opresiones. Es el sometimiento económico a Pedro Páramo el que hace que Comala expire, tras quedar su cacique enajenado; como así también es el dinero el que hace claudicar al Padre Rentería en su querrela con Pedro por la bendición del cuerpo de Miguel (Rulfo 28). En La Hondura, parte del halo legendario de Nicasio proviene de su riqueza, para la cual la explicación montuvia recurre a mitos como el trato con los muertos o el pacto con el Diablo (De la Cuadra 27). En ambos, el cacique regula con su poder económico la relación con el afuera y el Estado. Es el dinero el que permite que la ley estatal no llegue a Comala para juzgar los crímenes de Miguel (Rulfo 85) y que los vientos revolucionarios se desvíen del pueblo (81). En *Los Sangurimas*, Nicasio le gana un pleito a la Iglesia Católica y al municipio a través del soborno (44).

Lejos de ser representadas entonces como meras “aldeas míticas”, Comala y La Hondura están construidas como espacios abiertos e historizados, zonas de contacto entre culturas donde se escenifica la irrupción de la modernidad en comunidades tradicionales, aunque ninguno de los términos se considere de forma abstracta ni se piense en una oposición tajante. Antes bien, el conflicto está dado en culturas ya insertas en procesos modernizadores, cada una en distintas instancias y con particularidades propias. Las diferencias en la representación de sus caciques permiten pensar en las distintas resoluciones narrativas para cada espacio. La stirpe de los Páramos muere junto con Comala tras el paso frustrado de la revolución. Los transterrados siguen monologando desde sus tumbas porque lo único que existe para ellos es un pasado irredento del que no se pueden librar tras la muerte de Pedro, el cacique que condensaba en sí las ventajas y los desgarramientos más hondos de la modernidad. La Hondura resiste la excursión

policial al desprenderse del personaje más ligado al mito montuvio y los herederos de su violencia. Los Sangurimas sobreviven en tanto la comunidad ha sabido mantenerse lo suficientemente unida y conectada con lo exterior. Por lo tanto, lo que experimentan no es la desintegración, sino una tempestad.

## A modo de conclusiones

Si recuperamos el análisis realizado, podemos decir que en cuanto a la organización textual de cada novela, Rulfo y De la Cuadra piensan el mismo problema: cómo hacer que una comunidad ágrafa se narre desde adentro. Si bien lo resuelven de formas distintas, ambos optan por anclar sus ficciones en referentes regionalistas reconocibles, pero reformulados hasta hacer de ellos nuevos objetos artísticos. A Comala se lo relata con una escritura que traspasa los límites de la muerte y reconstruye las voces siempre pretéritas de sus habitantes. Al clan de los Sangurimas se lo cuenta acompañando el decurso histórico desde el mito hasta una mirada contemporánea: la del cronista que narra una comunidad tradicional que es ingresada a la modernidad con violencia aunque sin aculturación. Lo que sobrevive de los Sangurimas no es la opresión del cacique sino el acervo cultural que la escritura conserva y proyecta. Lo que resta de Comala son las voces de los transterrados, inscriptas en los fragmentos que la escritura recupera y recrea.

El diálogo entre las dos obras ilumina entonces imprescindibles reformulaciones del regionalismo latinoamericano que sostuvieron Juan Rulfo y José De la Cuadra en sus respectivas narrativas. Las rupturas y continuidades estéticas señaladas sustentan estas afirmaciones. La oralidad y su problemática relación con la escritura, junto con el uso del fragmento para evitar falsas totalizaciones objetivas; la creación de caciques signados por el conflicto de la modernización de sus comunidades; la construcción de los espacios transculturados que hemos rastreado son algunos de los elementos renovadores de *Pedro Páramo* y *Los Sangurimas*. La conexión entre ambos autores señala del largo, irregular y heterodoxo camino que la literatura latinoamericana siguió desde distintos puntos de su geografía para superar la obturación regionalista sin renunciar a la representación de sus comunidades rurales, en tránsito hacia futuros con menos certezas.

---

### Referencias bibliográficas

- Aguinaga, Carlos Blanco. "Realidad y estilo de Juan Rulfo", en Rulfo, Juan. *Toda la obra*. Volumen coordinado por Claude Fell. Madrid: Archivos, 1996. 813-818.
- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol II. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Balseca, Fernando. "Los ríos profundos de José de la Cuadra: lo montuvio y lo nacional". *Kipus* 16 (2003): 102-113.

- De la Cuadra, José. *El montuvio ecuatoriano. Ensayo de presentación*. Buenos Aires: Imán, 1937.
- . *Los Sangurimas*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 2003.
- Donoso Pareja, Miguel. “De la Cuadra: *Obras Completas*, realismo mágico y una discutible reivindicación”. *Kipus* (2003): 30-99.
- Dorfman, Ariel. “En torno a *Pedro Páramo*”. *Homenaje a Juan Rulfo. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Comp. Helmy Giacomán. Madrid: Anaya; Las Américas, 1974. 152-162
- Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1969.
- González, Galo. “José de la Cuadra: Nicasio Sangurima, un patriarca olvidado”. *Revista Iberoamericana* 144-145 (julio-diciembre 1988): 739-751
- Joset, Jacques. *Historias cruzadas de novelas hispanoamericanas*. Madrid: Veruert, 1995.
- Lienhard, Martín. “El substrato arcaico en *Pedro Páramo*: Quetzalcoatl y Tláloc”. Juan Rulfo. *Toda la obra*. Volumen coordinado por Claude Fell. Madrid: Archivos, 1996. 944-952.
- Mignolo, Walter. “Escribir la oralidad: la obra de Juan Rulfo en el contexto de las literaturas del Tercer Mundo”. Juan Rulfo. *Toda la obra*. Volumen coordinado por Claude Fell. Madrid: Archivos, 1996. 531-548.
- Rama, Ángel. *Primeros cuentos de diez maestros latinoamericanos*. Barcelona: Planeta, 1975.
- . *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: El Andariego, 2007.
- Roa Bastos, Augusto. “Los transterrados de Comala. La lección de Rulfo”. Juan Rulfo. *Toda la obra*. Volumen coordinado por Claude Fell. Madrid: Archivos, 1996. 903-909.
- Rodríguez Alcalá, Hugo. *El arte de Juan Rulfo: historias de vivos y difuntos*. México: INBA, 1965.
- Román, Rut. “Dualidad y ambivalencia en *Los Sangurimas*”. *Kipus* 16 (2003): 126-141.
- Rufinelli, Jorge. “Prólogo”. Rulfo, Juan. *Obra completa*. Caracas: Ayacucho, 1976. I-XXXVIII.
- Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. Madrid: Seix Barral, 1985.

---

Fecha de recepción: 30/03/2011 / Fecha de aceptación: 10/05/2011